

tas, quitándoles la hoja seca que afea su verdor, se dirigen estas cartas.

Así lo han comprendido hasta hoy todas las buenas religiosas que las han leído, de las cuales he recibido sin merecerlo muchas y muy variadas cartas de felicitación, unas bendiciendo la hora en que para gloria de Dios las escribía; otras contándome los frutos obtenidos en sus comunidades con la lectura de las Cartas á Margarita. Todo esto me estimuló á seguir adelante; pues dada mi natural apatía y muchos quehaceres, hubiera dejado la obra incompleta ó á medio escribir, si los ruegos de muchas y muy santas monjas no me hubieran obligado á terminar estas cartas, que no tienen de cartas más que el nombre y la forma, pues son verdaderos discursos ó verdaderas pláticas religiosas, con su texto y todo al frente, para que nada les falte; y así tan útiles como á las mismas religiosas les serán á sus confesores, predicadores y directores.

Terminadas ya, pues, en la forma que me lo propuse, te las ofrezco, discreta lectora, para tu aprovechamiento espiritual, coleccionadas en este libro que se imprime á expensas de una persona llena de celo por la gloria de Dios y bien de las religiosas. El Índice, que antecede á este Prólogo, y la primera Carta que sirve de introducción, te darán á conocer el caudal de doctrina que en ellas se encierra. Léelas despacio; hazlas frecuentemente objeto de tus meditaciones, y meditándolas, pídele á Dios por este pobre hermano tuyo,

FR. AMBROSIO DE VALENCINA.



LA VIDA RELIGIOSA Ó CARTAS Á SOR MARGARITA



I

¿PARA QUIÉN SON ESTAS CARTAS? ¿PRODUCIRÁN ALGÚN FRUTO? ¿TIENEN NECESIDAD DE ELLAS LAS RELIGIOSAS? MATERIAS Y PUNTOS QUE SE TRATARÁN EN LAS MISMAS.

HUMILDE esposa de Cristo, y hermana mía muy amada en su divino Corazón:

Desde que recibí la tuya, vengo sosteniendo una lucha atroz conmigo mismo. ¿Quieres saber por qué? Pues, porque la igualdad de nuestro estado, la profesión de una misma vida, la conformidad de nuestros votos, los dulces y purísimos lazos que nos unen con el amor eterno, y aun mi propia inclinación, todo me lleva á establecer contigo la correspondencia que deseas. Mas por otra parte, ¡es tan difícil y tan arriesgado es-

cribir algo nuevo sobre la vida religiosa!... ¡Tiene tan poco aliciente el escribir sobre esa materia!... Porque, ¿quién va á leer mis cartas? ¿Qué fruto puedo prometerme de mis trabajos? Los seglares las dejarán, como si fuera cosa inútil para ellos; los religiosos sabihondos (¡y son tantos!) dirán que quién soy yo para dar lecciones; y las religiosas engreidas, que por desgracia son muchas, pensarán que ya tienen bastantes libros para instruirse en sus deberes. ¿Para qué, pues, he de cansarme inútilmente? Sola tú, Sor Margarita, tú y otras almas puras y fervorosas como la tuya, leeréis con fruición el fruto de mis vigiliias; pero á decir verdad, vosotras, religiosas fervientes, no lo necesitáis. ¿A qué, pues, trabajar en vano?

Mas ¿qué digo? ¿será trabajo inútil el que se emplea en conservar y aumentar la virtud de las fieles esposas de Cristo? Y, por otra parte, ¿cómo renunciar á mi ocupación favorita y á la más grata de mis comunicaciones? Las relaciones sociales me son molestas y penosas. Yo no gozo más que con el trato de corazones ardientes, de almas sensibles y puras, que no pertenecen á este mundo. Soy peregrino y extranjero en él: nadie me entiende, ni yo entiendo á nadie, mas que á los ángeles de la tierra, á las almas candorosas, enviadas por Dios á este campo de batalla que llamamos mundo, para conquistar en él la palma de las vírgenes ó la corona de los santos. Tengo, pues, que optar entre vivir aislado y solitario en medio del mundo, como Pablo en la Tebaida, ó contraer íntimas y santas relaciones contigo, y con el corto número de almas escogidas que habitan en el silencio de los claustros. Opto, pues, por esto último, y cese la lucha que he sostenido interiormente para contestar á tu carta.

En ella me dices que deseabas ardientemente ver terminada mi correspondencia con la afortunada Teó-

fila, para heredar su fortuna, colocarte en su lugar, y ser instruída en los santos deberes de la vida religiosa por medio de otra serie de cartas, parecida á la que escribí á ella sobre la vida espiritual. Y poco más abajo añades: “Espero, querido Padre, que no me negará usted ese consuelo; y más habiendo acabado Teófila por ser religiosa, y pudiendo aprovecharse ella y otras muchas de cuanto usted me diga. ¡Si supiera V., Padre mio, cuánta necesidad tenemos las pobres religiosas de ser instruídas en nuestros votos y sagradas obligaciones! Aquí siempre encerradas, sin tener á quién consultar las dudas, más que al confesor, que casi siempre viene de prisa; aquí, sin haber visto desde la pasada exclaustación un Padre de nuestra Orden que nos explique de viva voz la regla que nos manda guardar estrecha y altísima pobreza; aquí, sin que nadie nos entienda, cuando le preguntamos algo de las cosas sobrenaturales que Dios obra en las almas que El quiere; aquí, donde nos pegamos unas á otras los resabios que del mundo traemos, antes de adquirir la perfección que venimos buscando; aquí, donde las costumbres más triviales adquieren con facilidad el carácter de ley con pretensiones de irrevocable; aquí, en este huerto cerrado, jardín del divino Esposo, las plantas necesitamos muy mucho sus trabajos, porque las plantas crecen con el tiempo, envejecen con los años, y al cabo de ellos han menester quien las cuide y quien las limpie. Es verdad que esta comunidad florece todavía, como árbol plantado junto á la corriente de las aguas, como la oliva especiosa en el campo, ó como la vid frondosa asida al olmo; pero ¿qué vid no necesita de poda? ¿Qué olivo no cría marojo? ¿Qué árbol no necesita limpieza ó dirección? Mire, pues, V. si se le presenta un ancho campo que cultivar, y del cual pueda coger ópimos frutos.”

Dices bien, querida Margarita, y aún te quedas muy corta. Los que, por razón de nuestro ministerio, vamos á dar ejercicios á las comunidades religiosas ó á confesarlas de extraordinario, somos los que podemos apreciar la grande necesidad que tienen unas de reforma, otras de instrucción, y todas de alimento espiritual. Quizás no habrá una á quien no se pueda aplicar con verdad este lamento de Jeremías: *Petierunt panem, et non erat qui frangeret eis*. Pidieron pan, y no hubo quien se lo diera. Sé que en el claustro florecen las virtudes, como la hierba en el prado; pero también sé que todas las flores no son aromáticas, ni todas las plantas fructíferas: las hay estériles y de frutos amargos. Conozco á fondo el heroísmo y la santidad de muchas almas á Dios consagradas; pero no se me ocultan los defectos y miserias de otras que abrazaron el mismo estado; y esas miserias y defectos los veo tan claros, que el temor de sacarlos á relucir me hace casi desistir de la comenzada empresa.

Sí, Margarita; las almas religiosas están todas llamadas á la santidad, y muy pocas se cuidan de ser santas; todas son muy amadas de Dios, y no todas corresponden á los amores del Esposo celestial; todas están gravemente obligadas á caminar á la perfección, y muchas no andan por ese camino, y ellas mismas se ponen obstáculos delante para caer, y se enredan como mariposa en las telas de araña, y se atan con lazos mundanos y con relaciones seculares, huyendo de la dulce soledad donde Dios habla al corazón.

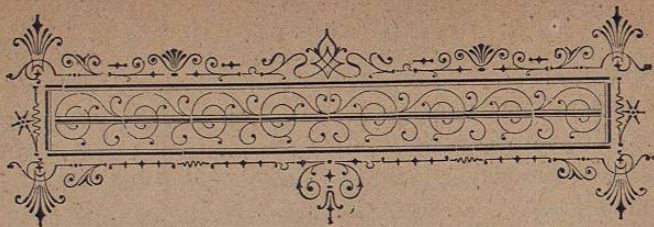
Para no incurrir tú en semejantes deslices, y para ser una buena religiosa, quieres que "hablemos largo y tendido, sobre la dignidad del estado religioso, sus excelencias, los votos que lo constituyen, el alcance de los mismos, la manera de cumplirlos con perfección, las virtudes propias de ese estado, las interiori-

dades de la vida religiosa, las delicias de la soledad, los beneficios de la vocación, las ventajas del claustro, y en fin, sobre todo lo que pueda contribuir á la santificación y perfeccionamiento de una religiosa. „ Hablemos, pues, de asuntos tan interesantes, ya que así lo deseas; pero sin precipitación, con calma, y de modo que saquemos provecho de nuestra mutua correspondencia.

Los puntos sobre los cuales deseas que tratemos son tan importantes y tan hermosos, que no se puede elegir entre ellos. Así pues, comienza por donde bien te parezca á recorrer el ameno campo que se presenta á nuestros ojos; que yo te iré siguiendo por él, haciéndote detener el paso, para que fijes tu mirada en ocultas maravillas, que de otro modo tal vez pasaran desapercibidas para tí. La empresa me es agradable, pero difícil y trabajosa; necesito, si he de hacer algo bueno, la gracia divina, y el auxilio de tus oraciones, para que me la obtengas de lo Alto. Confiado en ella emprendo la tarea con ánimo de llevarla á cabo; si me canso, ó me faltan las fuerzas, cuando no pueda más me sentaré á descansar, ó desistiré de ella, satisfecho de haber hecho lo que estaba de mi parte para ayudarte á ser una flor de los claustros, una verdadera esposa de Cristo.

Que El reine siempre en nuestras almas es lo que desea tu afectísimo Padre

FR. AMBROSIO.



II

MALES DE QUE NOS LIBRÓ DIOS, SACÁNDONOS DEL MUNDO.

*Dirupisti, Domine, vincula mea; tibi
sacrificabo hostiam laudis.*

Rompiste, Señor, mis cadenas; yo
te ofreceré sacrificios de alabanza.

PSL., 115.

CARÍSIMA en Jesucristo: Bien me parece que empecemos nuestra obra con un cántico de alabanzas á nuestro soberano Bienhechor, por el gran beneficio de la vocación con que nos ha favorecido: y me parece bien, porque ese y no otro debe ser nuestro punto de partida, puesto que el principio de la vida religiosa es la vocación.

Estábamos nosotros allá en la Babel del mundo, gimiendo bajo la tiranía de sus caprichos, como gemían los israelitas cautivos en Babilonia; nos hallábamos como los hijos de Jacob en medio de Egipto, oprimidos bajo el yugo de Faraón y sometidos á dura esclavitud, cuando el Altísimo tuvo á bien romper los lazos que allí nos detenían y darnos la libertad de los

hijos de Dios, trayéndonos á su santa casa. El fué quien con mano fuerte y brazo poderoso nos sacó de aquella servidumbre ominosa: ¿no es justo, pues, que aquí levantemos nuestra voz con el profeta para darle gracias? ¿No es justísimo que entonemos aquí un himno de gloria á nuestro libertador? ¡Sí, Dios mio! Tú rompiste mis cadenas; á tí ofreceré sacrificios de alabanzas.

Es nuestro Señor tan amigo de la gratitud y de que tengamos presentes sus beneficios, que cuando sacó del cautiverio de Egipto á los hebreos, les encargó que se acordaran siempre del día en que tan gran merced les habia hecho. Y este encargo lo hizo tan de veras, que les mandó celebrar en memoria de aquel favor una fiesta todos los años, fiesta que duraba por espacio de ocho dias, para que en ellos se ejercitara el pueblo en hacimiento de gracias por los beneficios recibidos. Pues, si esto mandaba Dios á su pueblo en recompensa de la libertad terrena que le dió, ¿qué debemos hacer nosotros en recompensa de la libertad espiritual que nos ha dado? ¿Qué será razón que hagamos los religiosos para conmemorar el día en que su potente diestra nos sacó del cautiverio del mundo y nos dió posesión de la tierra prometida? Si ellos, al verse libres de Egipto y fuera del Mar Rojo, entonaron á Dios un cántico de loores y gratitud, ¿no es justo que también nosotros entonemos á Dios gratas canciones? Cantemos, pues, con el profeta y digamos: ¡Rompiste, Señor, mis cadenas; á tí ofreceré sacrificios de alabanzas, invocando tu santo nombre! Esta es la frase que deben pronunciar cada dia los labios del religioso agradecido, y más en el cumpleaños de su entrada en religión, día que debe consagrarlo todo á mostrar á Dios su agradecimiento.

Para excitar en nuestras almas estos sentimientos de gratitud, será bien considerar aquí el cúmulo de be-

neficios que supone la vocación religiosa. Si hubiéramos nacido en otra parte, ó tuviéramos padres menos piadosos, ó una enfermedad nos hubiera lisiado, ó hubiéramos tenido otro confesor, ó hubiéramos sido más pobres, ó nos hubieran faltado amigos y favorecedores, ciertamente no hubiéramos ingresado en el claustro. Una mala amistad que se hubiera interpuesto en nuestro camino, un accidente funesto que nos hubiera sobrevenido, la falta de dirección, y otras mil cosas, hubieran bastado para anular nuestra vocación. Y Dios con su paternal providencia veló sobre nosotros, superó nuestras dificultades, allanó los obstáculos y rompió los lazos que en el mundo nos detenían. ¡Y qué lazos!

Es el mundo para el alma cristiana semejante á una cárcel penosísima, donde forzosamente se han de arrostrar las cadenas de las pasiones, de los contratiempos y adversidades; y esto en tanto grado, que no hay mortal alguno que de ellas librarse pueda. Y si me preguntas qué cadenas son esas, yo te responderé, mi buena Margarita, que son todas las aficiones malas, los apetitos desordenados, y aún las mismas necesidades de la vida. ¿Te parece floja cadena una torpe afición? ¿Y cuántos hay aprisionados con ellas, sin poder soltarse en toda la vida? ¿Y la codicia y el deseo de riquezas, te parece pequeño yugo? ¡Cuántos lo llevan sobre sí, y van agobiados con su peso sin poder levantar cabeza! ¿Pues qué diré del amor á las honras y dignidades? ¿Cuántos arrostran esa pesada cadena, sin poder desprenderse de ella? ¿Y el cuidado de las cosas, y la conservación de los intereses, y el tener que alternar con los de su clase, te parece carga ligera? ¡Pues no lo es, sino muy pesada! Porque en hecho de verdad, ¿cuántos afanes, cuántos desvelos, cuántas ansias y cuántos trabajos no emplean los del mundo para poder pasar, ó para llegar á un puesto honroso? Pues para

sustentarlo y llevarlo adelante, ¿cuántas dificultades no hay que superar, y cuántos sacrificios no hay que hacer? ¿Pues qué diré de sus modas, de sus leyes, de sus etiquetas y cumplimientos? ¡Verdaderamente es pesado el yugo y durísima la cadena que arrastran los mortales en la cárcel del mundo! Pero á nosotros nos quitó Dios de los hombros esa grave carga de las leyes, obligaciones y fueros mundanos, rompió las cadenas que nos detenían en esa triste cárcel, nos dió libertad y nos trajo á su casa para que aquí le ofrezcamos sacrificios de alabanzas. *Sacrificabo hostiam laudis.*

Es también el mundo para el alma cristiana, á manera de intrincado laberinto, que tiene facilísima la entrada y muy dificultosa la salida. Entra el hombre en él, cuando llega al uso de la razón, y el desdichado camina sin tino y sin norte fijo, dando vueltas por sus calles y encrucijadas sin acertar con la salida; y allí quedaría para siempre sepultado, si una persona diestra no le guiara de la mano y lo sacara libre de entre aquellas vueltas y rodeos. Así andábamos nosotros, perdidos y embobados en el laberinto del mundo, y hubiéramos estado en él toda la vida, si la mano misericordiosa de nuestro buen Dios no nos hubiera guiado por sus tortuosas sendas, y nos hubiera sacado de entre sus tinieblas para traernos á la región de la luz y de la gracia. Allá nos tenía el mundo presos entre sus redes, y nuestras almas gemían aprisionadas, como el pajarito, que llena los aires de clamores, cuando se vé preso en la liga ó en el lazo del astuto cazador; pero Dios oyó benigno nuestros gemidos, y con piadosa mano nos dió libertad, para que aquí en su casa, gozando de ella, podamos cantar como David en sus salmos: Mi alma salió alegre de entre las redes del mundo, como pájaro que escapa de los lazos del cazador: los lazos fueron deshechos, y mi alma quedó libre. (Psl. 123).

Es, por último, el mundo comparable á una inmensa galera como las que se usaban antiguamente, destinadas á servir de prisión y castigo á cuantos forzados en ella entraban. Allí....

Atados al duro banco
De la mísera galera,
Ambas manos en el remo
Y ambos piés en la cadena,

gemían y bogaban los galeotes sujetos á mil desventuras y al látigo del capitán que les mandaba. Y no creas que en esa galera del mundo reman solamente los infelices, porque yo he visto remar en ella gente de valía y hombres de pró. Gran personaje fué San Mateo, y remó en esa galera, atado con la cadena de la avaricia, hasta que Cristo se la rompió y lo sacó de allí para hacerlo su Apóstol y Evangelista. Hombre de muchas prendas fué San Agustín, y sin embargo, remó en esa galera atado con la cadena de la sensualidad, hasta que Dios compadecido de él, le desató de los lazos de la concupiscencia para hacerlo Padre y Doctor de su Iglesia. Ilustre persona fué también N. S. P. S. Francisco, y también bogó en esa galera atado con la cadena de la ambición y deseos de honras mundanas, hasta que el Señor fué servido sacarlo de allí para ser no sólo religioso, sino Padre de tres familias religiosas, admiración del mundo. Grandes personajes fueron, por último, San Ignacio de Loyola, San Juan de Dios, Santa Margarita de Cortona, Santa Angela de Foligno y otros mil y mil que sería largo enumerar; y todos ellos bogaron por algún tiempo en ese galeón de alto bordo, arrastrando la cadena de la esclavitud. Y nosotros hubiéramos también remado en él toda la vida y hubiéramos arrastrado la dura cadena del galeote, si Dios

con su diestra omnipotente no la hubiera roto, para librarnos de la esclavitud del mundo, trayéndonos al retiro delicioso del claustro. Por merced tan singular hemos de cantarle siempre el cántico del profeta: Rompiste, Señor, mis cadenas; yo te ofreceré sacrificios de alabanzas.

Estas consideraciones son tan provechosas para despertar en el alma sentimientos de gratitud y amor de Dios, y valen tanto para apreciar los beneficios divinos, que á religiosos bien penetrados de ellas los he visto pasear por la huerta y andar por los claustros, besando las paredes y exclamando: ¡Oh benditas paredes, de cuántos peligros me libráis! ¡Oh Dios mío! ¡cuántos favores me has hecho sin merecerlos! ¡Bendito seas eternamente! ¡Bendito seas!

Este cántico de gratitud deben repetirlo muchas veces al día los labios del religioso agradecido; que él forme tus delicias en el retiro de tu convento es lo que desea tu afectísimo P.

FR. AMBROSIO.



III

MERCEDES QUE NOS HIZO DIOS TRAYÉNDONOS AL CLAUSTRO.

*Beati qui habitant in domo tua, Domine; in
saecula saeculorum laudabunt te.*

Bienaventurados, Señor, los que moran
en tu casa: ellos te alabarán por los siglos
de los siglos.

SAL. 83. 5.

HIJA mía muy amada en el divino Corazón: Bien dices, cuando dices que los males de que Dios nos ha librado, sacándonos del mundo, no es ni siquiera la mitad de lo mucho que á Dios debemos; porque á esa cuenta hay que añadir la de los beneficios que nos ha hecho, trayéndonos á la religión; y ambas cosas debemos tenerlas muy presentes para conocer el alcance de la deuda que tenemos contraída, y no negarnos nunca á satisfacerla con buena moneda de gratitud. Repito que dices muy bien, y que me agrada mucho este pensamiento tuyo, porque una de las mayores quejas que Dios tiene con los Religiosos, es precisamente el desagradecimiento de los beneficios

que nos ha hecho y nos está haciendo continuamente.

Por estas quejas comenzó Isaías las primeras palabras de sus profecías, llamando por testigos al cielo y á la tierra, contra la ingratitud de los mortales; y así dice él: «¡Oye, cielo! y tú tierra, recibe mis palabras en tus oídos, porque el Señor Dios habló, diciendo: *Hijos crié y los ensalcé, y ellos me han despreciado.*» Amarga es, por cierto, esta queja; y para no merecerla, quíeres tú, Sor Margarita, que pongamos en cuenta de lo que á Dios debemos, los bienes que en el claustro disfrutamos, dedicando á este asunto una carta entera. Me place tu idea, y estoy conforme contigo. Adelante, pues, y manos á la obra.

Comencemos enumerando las ventajas y excelencias del estado religioso, según las compendia el melífico San Bernardo en una de sus homilias, diciendo: «En la religión vive el hombre con más pureza, cae menos veces, se levanta con más prontitud, anda con más cautela, es consolado con más frecuencia, descansa más seguro, muere más confiado, se purifica más pronto y es premiado con mayor largueza; lo cual, si bien se considera, veremos cierto ser así; porque la observancia de los votos, y especialmente el de castidad, nos hace vivir con mayor pureza; la falta de malos ejemplos y ocasiones de pecar son parte para caer menos veces; y si por desgracia alguno cae, la consideración de las verdades eternas, la exhortación de los superiores y el buen ejemplo de los iguales le ayuda á levantarse más presto. Aquí se anda con más cautela que en el mundo, porque allá van los pobres mortales por un camino resbaladizo y fangoso, tropezando y cayendo y llenándose de barro hasta los ojos; pero en el convento el ejercicio de la oración, la lectura de buenos libros y la corrección de los mayores, nos hacen ir derechos hacia el Cielo.

“En el claustro se vive con más descanso y con más seguridad que en el siglo, porque allá todo son inquietudes y zozobras, que si la familia, que si la hacienda, que si la casa, que si el vecino, que si la cosecha, que si la lluvia, que si la sequía, que si la enfermedad, que si el año viene malo .. y así andan llenos de turbación, sin tener un solo día tranquilo; mientras que nosotros todo lo tenemos cumplido, sin haber de pensar para nada en el día de mañana, porque será como el de hoy, sosegado, quieto y hermoso, libre de cuidados seculares y de negocios mundanos. ¡Oh qué dicha tenemos los Religiosos! Bien lo echamos nosotros de ver; bien experimentamos en la Religión cuán grande merced sea ésta; porque aquí se encargan los superiores de proveernos de todo lo necesario para la comida y vestido, para la salud y enfermedad, para el estudio y los viajes y para todo cuanto hemos menester. De manera que no hemos de acordarnos para nada de esas cosas que inquietan y turban la paz del alma, sino que olvidados de todo lo terreno, sólo hemos de atender al aprovechamiento del alma y á nuestra propia santificación.”

Añade el Santo Doctor, que en el claustro el alma es regada más frecuentemente con el rocío del cielo; porque el mundo es como un árido desierto, donde llueve raras veces; y aquí continuamente nos está cayendo la lluvia de la gracia, de las santas inspiraciones, de los consuelos divinos y de las dulzuras celestiales. Con estas y otras muchas cosas se purifica el alma más pronto, adquiere mayores deseos de perfección, vive con más virtud y muere con más confianza, encomendándose en manos de Dios. Aquí, por último, es el alma galardonada con mayor premio, porque los votos, la abnegación de sí misma, y la obediencia santa, multiplican el mérito de las buenas obras que hace-

mos. ¡Cuántas ventajas y cuántos beneficios! Bien debemos agradecerlos á nuestro Señor.

El profeta David nos exhorta muy bien á este agradecimiento, con aquel versículo que rezamos en las Completas: “Benedicid al Señor, vosotros que sois sus siervos, los que estáis en su casa y moráis en los atrios de su palacio. “Todos los mortales somos (ó debemos ser) siervos y criados del Altísimo;” pero así como un gran señor tiene criados que le sirven en su casa, y criados que le sirven en el campo, así también nuestro Señor tiene criados allá en las campiñas del mundo, y criados aquí en su casa; jornaleros que le sirven en la granja ó en el cortijo, y familiares que le sirven en su morada, y asisten á su mesa, y gozan de su presencia regalada; y estos últimos somos nosotros por dicha nuestra. Aquellos pobrecitos del mundo trabajan, y se afanan y sufren los rigores del invierno y los ardores del verano, el sol y la lluvia, para ganar un jornal con que ir pasando; y nosotros participamos de sus trabajos y sudores, rogando por ellos y sirviendo á Dios aquí en su casa. Mira, querida Margarita, si nos aventajó nuestro Señor á los del mundo, que á ellos los dejó como rústicos campesinos, y á nosotros nos escogió entre todos para ser sus cortesanos y familiares. Bien podemos considerarnos dichosos, como nos llamó el Profeta cuando dijo: “¡Bienaventurados, Señor, los que moran en tu casa! ellos te alabarán por los siglos de los siglos.”

Sobre todas estas excelencias, tiene otra muy grande la vida religiosa, y es ser ella, si bien se mira, una fiesta continuada. En la ley divina tienen los días festivos el doble privilegio de no poderse trabajar en ellos y ser dedicados al servicio de Dios; y de ambos privilegios gozan los siervos de Cristo, como el mismo Señor lo indicó, cuando dijo: “Venid á Mí todos los

que trabajáis y andáis cargados, que yo os daré descanso y refrigerio., (Math. 11). Que fué como decir: No os fatiguéis más con los trabajos del mundo; venid á mi casa y en ella tendréis una fiesta continuada. Allá fuera, en el siglo, es la vida de los pobres mundanos un trabajo servil no interrumpido, semejante al que tenían en Egipto los judíos, de los cuales dice la Sagrada Escritura que se empleaban en hacer ladrillos, sin poder ocuparse en el servicio de Dios; mas nosotros desde la mañana hasta la noche y desde la noche hasta la mañana, no tenemos que hacer otra cosa, sino servir á Dios y alabarle.

Demos, pues, los Religiosos infinitas gracias á Dios, por la singular merced que nos ha hecho, sacándonos del mundo, librándonos de sus ocupaciones serviles y escogiéndonos para vacar á la oración y ejercicios espirituales, puesto el pensamiento en el Cielo y la esperanza en los bienes que nunca han de acabar. Y pues Dios nos ha escogido para el descanso de una fiesta continuada, festejemos en ella á nuestro Señor, que se regocija y alegra en la santificación y el bien de sus escogidos. Sí, Margarita; vivamos en continua fiesta y en perpétuo descanso, sin ocuparnos en cuidados del mundo que nos aparten del servicio de Dios. Mira, hija mia, á tu propia vida como una pascua solemne en que Dios se complace: no profanes esa festividad, empleándote en trabajos del siglo; no menoscabes la dignidad y grandeza de esa fiesta, mezclando en ella ocupaciones profanas, serviles y bajas. Los empleos del Religioso han de ser la gloria de Dios, el bien de su alma y el aprovechamiento de los prójimos. Ocupándonos en esto, celebraremos dignamente nuestra fiesta temporal y nos prepararemos para aquella fiesta eterna que no tendrá fin, y en la cual repetiremos continuamente el cántico del Profeta: "Bienaventura-

dos, Señor, los que moran en tu casa; ellos te alabarán por los siglos de los siglos.,

Aquí termino, querida Margarita, no porque falten excelencias que contar de la vida religiosa; sino porque la carta se hace larga. Tú, que eres feliz en ese convento, conoces por experiencia lo gratisimo que es vivir entre ángeles de paz, en compañía de Santos, siendo miembro de una Orden ilustre, hijo de un fundador santísimo y hermano de muchos y grandes santos. Tú sabes por experiencia que el convento es un jardín florido, donde el esposo de las almas tiene sus delicias y complacencias con ellas, haciéndolas participantes de sus misteriosos amores, de sus secretos inefables y de sus divinos consuelos. Tú sabes, en fin, que es verdaderísimo lo que afirma la Escritura Santa cuando dice: "Vale más, Señor, un día pasado en tu casa, que mil entre las delicias del mundo; y vale más un oficio humilde y abatido en la casa de Dios, que las mejores dignidades mundanas en los tabernáculos de los pecadores., (Salm. 83). Y pues la Escritura lo dice, y la experiencia lo enseña, no hay más que añadir, ó mejor dicho, hay que añadir un cántico de gracias á nuestro Señor, por habernos hecho objeto de su misericordiosa elección. Otro día te hablaré sobre esto. Adios, y ruega por tu afectísimo Padre

FR. AMBROSIO.